

La huella de Marruecos en las Letras Españolas (1893-1936)

José Carlos Mainer Baqué

Orientalism (1978), el afilado y célebre ensayo del palestino-norteamericano Edward Said, no dedicó ni una línea al caso español y prefirió tomar en consideración y someter a crítica implacable las formas literarias mediante las que británicos y franceses habían percibido la ambigua fascinación y la prevención racista que achacaban de antemano al Oriente musulmán. Ni siquiera citó Said que la invención del orientalismo fue originariamente española y que tuvo un importante cultivo en los siglos XVI y XVII, cuando los recuerdos de las viejas pugnas de moros y cristianos se fueron convirtiendo en una ensoñación caballerescas y colorista para uso del romancero o de los relatos “moriscos” por parte de la España de los Austrias. En cierto modo, aquella *maurofilia* literaria del llamado Siglo de Oro logró su objetivo porque, en el siglo XIX y a efectos de la estética romántica europea, España había pasado a formar parte de Oriente y no solamente por el esplendor de la arquitectura que atesoraban Córdoba, Sevilla y Granada sino porque la miseria y lo laberíntico de las calles, la recatada belleza de las mujeres, el aire retador de los hombres de faca y capa, la vitalidad de los mercados se percibían más cercanas de Fez, Orán o Estambul que de las aburridas y laboriosas ciudades del resto de Europa.

Como parece que dictaminó Alexandre Dumas, por entonces Europa acababa en los Pirineos...

De ese modo, la visión española del Oriente vecino nació marcada por la imagen previa de una identificación que, por un lado, resultaba tentadora y, por otro, era profundamente incómoda para los naturales del país. Fuera o no de Dumas, aquella molesta frase se convirtió en una pertinaz erosión de la autoestima. En cualquier caso, lo que activó entre nosotros el interés por lo oriental fue, como en todas partes, la expansión colonialista que, a mediados del siglo XIX, estaba latente en el ambiente internacional y practicada por las primeras potencias de Europa en el mapa de África y del Próximo Oriente. Los gobiernos liberales de Isabel II dieron significativos palos de ciego en punto a la intervención militar allí donde pudiera dejarse huella del prestigio o el ascendiente políticos: en 1857, como aliados de los franceses en Cochinchina, bajo pretexto de la muerte de unos misioneros; en 1861, como efímeros compañeros de viaje de Napoleón III en la expedición de México, que coronó como emperador del país al infortunado Maximiliano de Austria; en 1863, declarando a Perú y Chile la pomposamente llamada “guerra del Pacífico”. La más conocida e importante, sin embargo, fue la intervención de 1859 en el norte de Marruecos que vino justificada por los persistentes ataques de las cabilas de Anyera a la plaza de soberanía de Ceuta. La Unión Liberal del general Leopoldo O’Donnell, entonces en el Gobierno, llevó el asunto al Congreso de los Diputados y el 22 de octubre obtuvo de este la declaración de guerra que contó con un enorme fervor popular, alentado por la prensa de todos los colores políticos y con la consiguiente afluencia de voluntarios, muchos de ellos excombatientes carlistas (vascos y navarros) y otros, campesinos catalanes. Casi cuarenta mil hombres se embarcaron en Algeciras y, tras haber pasado el Estrecho, conquistaron la ciudad de Tetuán el 6 de febrero de 1860. El 23 de marzo, la batalla de Wad-Ras, paso previo a la proyectada (pero no consumada) ocupación de Tánger, precipitó la rendición de Muley-Abbas y el consiguiente tratado de Wad-Ras, firmado el 24 de abril, que mejoró la situación de las plazas de soberanía y dio a los españoles la posesión de Tetuán y del lejano enclave de Santa Cruz de Mar Pequeña, en la costa Atlántica y cerca de las islas Canarias.

La repercusión popular de estos éxitos fue inmediata. El callejero urbano, testigo siempre fiel de estas conmociones, registró un nuevo barrio del norte de Madrid como “Tetuán de las Victorias” y llevó al Eixample barcelonés los nombres de Wad-Ras, Tetuán y Los Castillejos. No menor

fue el eco literario. En el mismo año de 1859, conocidos escritores de indiscutible filiación liberal publicaron una *Crónica de la guerra de África*, dirigida por Emilio Castelar y en la que colaboraron Francico de Paula Canalejas, Gregorio Cruzada Villaamil y Miguel Morayta, además del grabador José Vallejo. Del mismo año fue la resonante publicación de un *Romancero de la guerra de África*, bajo patrocinio de la reina, que buscó entroncar con el viejo género poético vinculado a las gestas heroicas españolas. En sus cuatrocientas apretadas páginas hubo contribuciones de todos los figurones literarios conocidos, empezando por el marqués de Molins, que fue su director; escribieron sus poemas los ya muy ancianos sobrevivientes de la primera generación romántica como el Duque de Rivas, Juan Eugenio Hartzenbusch y Manuel Bretón de los Herberos, además de los algo más jóvenes Severo Catalina, José Amador de los Ríos, Antonio Flores, Antonio Arnao, Narciso Campillo, Manuel Tamaño y Baus y Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar. Y en su estela, el crítico de teatro Eduardo Bustillo publicó una *Historia de la gloriosa guerra de África* (1859), en veintitrés romances originales. Y un año después, el político e historiador Antonio Cánovas del Castillo sacó las oportunas consecuencias políticas del caso en unos *Apuntes para la historia de Marruecos*, a la vez que un avisado periodista y novelista riojano, Manuel Ibo Alfaro, imprimía a sus expensas *La corona de laurel. Colección de biografías de los generales que han tomado parte en la gloriosa campaña de África*.

Pero el éxito más perdurable corrió por cuenta de un futuro gran novelista, Pedro Antonio de Alarcón, que en 1859 dio a conocer la primera edición del *Diario de un testigo de la guerra de África* que vendió cincuenta mil ejemplares en un par de días según ha consagrado la leyenda. Alarcón se alistó como voluntario en la tropa expedicionaria y en una de las innumerables reediciones decimonónicas de su obra, la de 1880, publicó una “Historia de este libro”, a la que sigue —como testimonio de veracidad— la licencia y hoja de servicios que había obtenido al final de la campaña. Pocos textos son más reveladores de los sentimientos encontrados que arriba se han apuntado y del delirio de una buena parte de la sociedad española por reprimonar las sombras heroicas del pasado. Alarcón confiesa haber “nacido al pie de Sierra Nevada, desde cuyas cimas se alcanza a ver la tierra donde la morisma duerme su muerte histórica”, pero también reconoce que ha sido “amamantado con las tradiciones y crónicas de aquella raza que, como las aguas del diluvio, anegó a España y la abandonó luego”. Pero lo que le ha llevado a combatir ahora ha sido “el convencimiento de que en África

estaba el camino de aquella verdadera grandeza nacional que los españoles perdimos por resultas del descubrimiento de América y del casamiento de la hija de los Reyes Católicos con un Príncipe de la Casa de Austria”. Sabe que el colonialismo es el signo de su tiempo y urge ponerse a la tarea

por el temor de que, en otro caso, Francia o Inglaterra, o las dos juntas, nos arrebatasen de esa misión providencial, dejándonos bloqueados entre los mares y el Pirineo y privados de todo horizonte en que desenvolver la actividad de nuestro pueblo, que no siempre ha de estar condenado a destrozarse en guerras civiles (Alarcón: 1943, 834-835).

Años después, cuando aquel compromiso colonial había dado ya el dramático disgusto de 1893, Benito Pérez Galdós recordó la conquista de Tetuán, cuya noticia le llegó a Las Palmas cuando tenía diecisiete años: fue en el “Episodio Nacional” de la cuarta serie, *Aita Tettauén*, publicado en 1905, el mismo año de la polémica visita del káiser Guillermo II a Tánger, donde se proclamó favorable a la independencia de Marruecos, y uno antes de la Conferencia de Algeciras que sentó las bases del futuro Protectorado hispanofrancés. Galdós era un nacionalista español pero estaba seriamente escaldado por el cercano recuerdo de 1898 y defraudado por la clase política española, incapaz de una acción pública generosa y atrevida. Este fue el clima moral de abatimiento y esperanza que el primer escritor de su tiempo estaba llevando a sus novelas, a su teatro y a aquellos renuevos de los viejos “Episodios”, a los que volvió precisamente el año del *Desastre*. Por eso identificó con las familias de los Ansúrez y Halconero, hidalgos castellanos de pro, el entusiasmo patriótico por las prometidas conquistas y por su justificación histórica: “El moro y el español —proclama el viejo Jerónimo Ansúrez— son más hermanos de lo que parecen. Quiten un poco de religión, quiten otro poco de lengua, y el parentesco y el aire de familia saltan a los ojos. ¿Qué es el moro más que un español mahometano?” (algo parecido había intentado demostrar en 1897 con un personaje fascinante, el moro ciego Almudena, nacido cerca de Fez y mendigo en Madrid, enamorado de Benina, la criada que protagoniza *Misericordia*). Pero el narrador de la nueva novela sabe muy bien que la operación bélica emprendida solo es un “ingenioso saneamiento de la psicología española” que, como la guerra de Crimea fue para Napoleón III, pretende ser “un medio de integración de la nacionalidad, un dogmatismo patrio que disciplinara las almas y las hiciera más dóciles a la acción política”. Algo parecido se le alcanza también al bohemio Juanito Santiuste, que ha llegado a Marruecos como corresponsal de guerra y que confiesa a su compañero de fatigas Pedro Antonio de Alarcón, precisamente, su desengaño:

En mi espíritu se han marchitado todas aquellas flores que fueron mi encanto... Ya sabes [...]. Y esas flores eran el Cid, Fernán González, Toledo, Granada, Flandes, Ceriñola, Pavía, San Quintín, Otumba. Pues bien, Pedro; de estas flores no queda en mi espíritu más que una hojarasca que huele a cosa rancia y descompuesta (Pérez Galdós: 1945, 267).

De hecho, el personaje más positivo de los convocados por Galdós es Gonzalo Ansúrez, narrador de la tercera y última parte de la novela, que ya residía en Tetuán como comerciante y se había convertido en Mohamed ben Sur el Nasiry; él ha visto a sus compatriotas entrar en la ciudad y se teme mucho que “los españoles no imitarán en conjunto mi obra y, por no imitarme, no serán nunca dueños de Marruecos, a pesar de estas guerras y de estas batallitas vistosas”. Y es él quien despidió al joven Santiuste con unas frases cuyo sincretismo apunta a otra forma de colonización, ya imposible: “Allah y la Virgen te acompañen... Dios y la Virgen, digo. Todo es lo mismo... Dios hizo al hombre y el hombre ha hecho los nombres de Dios. Abur” (Pérez Galdós, 1945, 310).

La citada refriega de 1893-1894 no tuvo como marco la zona ceutí sino la de Melilla; la causa fue una sublevación motivada por la construcción de una fortificación cerca de la tumba de un santón y, días después, la destrucción de una mezquita por error de la Artillería convirtió la rebelión en una *yihad* que costó la vida al gobernador de Melilla, general García Margallo, abatido por el disparo de un rifeño. Disponemos del relato del futuro periodista republicano Manuel Ciges Aparicio, entonces un simple soldado de veinte años, cuya vida militar le deparó conocer esta campaña de 1893 y la de Cuba desde 1896 hasta 1898. Los hechos que nos conciernen ocupan la segunda parte de su libro *Del cuartel y de la guerra* (1906), bastante posterior a su impresionante testimonio cubano, *Del cautiverio* (1903). Destacado en el castillo de Montjuic, en Barcelona, el regimiento de Ciges Aparicio fue uno de los que acudió a reforzar la guarnición de Melilla. En el embarque de la tropa, oyó los sonos de la inevitable *Marcha de Cádiz* y los gritos de unas muchachas enfervorizadas que reclamaban: “Que nos traigáis las orejas de un morito”. Al llegar, presenciaron los bombardeos del cruce-ro *Conde de Venadito* sobre el Gurugú, bastión principal de los rebeldes, y padecieron la falta de agua en la posición de Horcas Coloradas, que nunca llegó a ser atacada. Al final, fueron testigos de la llegada de Arsenio Martínez Campos, el general salvador, y admiraron el despliegue de su fastuosa tienda de campaña. Envidiaron los fusiles máuser que, en otros regimientos, habían sustituido a los viejos y pesados remington, y supieron que un compañero catalán, Farreu, había sido fusilado por haber cortado las orejas

a un moro amigo. Pero no dispararon un solo tiro... Y un día supieron que se había acabado la guerra:

Termina la misa. La tropa desfila a los acordes vivaces de alegres pasodobles. El Príncipe Tuerto [Muley Araafa] viene a Melilla a concertar los preliminares de la paz. Martínez Campos va a Marrakés en busca del sultán [Muley Hassan]. Y los demás nos vamos por donde hemos venido. La comedia ha terminado (Ciges Aparicio: 1986, 192).

Una impresión parecida dio otro cronista republicano, Rodrigo Soriano, que viajó a Marruecos, en representación de *La Época* y acompañando a su director Alfredo Escobar. Iban con ellos Luis Morote (de *El Liberal*), Ramón Gasset (de *El Imparcial*) y José Boada (de *La Vanguardia*), a quienes dedicó *Moros y cristianos (Notas de viaje)*, libro de 1894. El reportaje arranca briosamente con una visión de la guerra en Melilla (se certifica la noticia de Ciges: el corte de orejas y el fusilamiento sumario de su causante) y con un viaje por el norte de Argelia, donde el cronista puede contrastar los avances de la colonización francesa con la miseria que impera en la zona de influencia española. Y tiene amplia ocasión de verla porque es designado para acompañar a Martínez Campos en su entrevista con el sultán, cuyos pasos alternan con la descripción del mercado de esclavas negras o de la miserable vida de los infectados por la lepra... A su vista, Rodrigo Soriano consigna que ya hay

demasiados libros de orientalismo de bazar, *fortunismo* delicioso, calumnia encantadora, rico tul de Oriente, pomposa seda de lentejuelas deslumbradoras [...]. Cuadros pintados con los viejos y ennegrecidos colores de la escuela romántica. El escritor que trate de pintar un Marruecos verdadero habrá de escribir un libro cruel, cruelísimo, mal oliente, espejo del pueblo miserable, corrompido y bárbaro, enterado en el ruinoso panteón del Imperio (Soriano: 1894a, 124).

Quizá por eso nuestro autor siguió largamente con el tema. En 1922 Soriano había hecho larga carrera política, primero como creador del republicanismo valenciano junto a Vicente Blasco Ibáñez y luego, tras la sonada ruptura de ambos, como republicano independiente y director del periódico madrileño *España Nueva*. Sus correligionarios republicanos de Cuenca recogieron entonces sus artículos de *El Liberal* bajo el sarcástico título de ¡Guerra, guerra al infiel marroquí!, que constituyen una amena historia de las tormentosas relaciones de España y el Rif, desde el malhadado testamento de Isabel I y la intervención de 1859 a los años recientes del Protectorado y del recentísimo desastre de Annual. ¡Qué error ha sido todo!, piensa el escritor y político:

¡Estupidez mayor no se concibe! Ganó la literatura un bello libro: el de Alarcón; la pintura nacional, un luminoso lienzo: "La batalla de Wad-Ras" de Fortuny;

la francesa, el maravilloso “Retrato de Prim”, de Regnault... Corrió la sangre, se desplomó el cascote lírico, murieron muchos, enfermaron no pocos, víctimas del rpio unos, del cólera y de la manida arenga... Y cayó el trono... ocho años después. Perdimos África y perdió Isabel su solio, a pesar de la tramoya africana y del patriotismo medieval (Soriano: 1922, 87).

Leopoldo Alas, Clarín, hombre de ideas avanzadas y políticamente fiel a Emilio Castelar, pensaba algo parecido en orden al mandato africano de la reina católica. Su preciosa colección *Cuentos morales* (1896) recogió tres directamente relacionados con los hechos que se han contado, todos ellos fechados originariamente en 1893. La alusión más indirecta a la guerra está en “León Benavides”, jocosa historia de uno de los leones que escoltan la columnata de acceso a las Cortes y que, como es sabido, fueron fundidos con el bronce los cañones capturados a los marroquíes en la guerra de 1859. Se trata de aquel león que parece más ceñudo, que fue siempre un patriota y que, encarnado un tiempo en figura humana, participó gloriosamente en una guerra... pero acabó siendo fusilado por canibalismo. Y es que, como declara, “yo soy el león de la guerra, el de la Historia, el de la cicatriz [...]. El otro es el león parlamentario; el de los simulacros”. No menos jocosa es la historia que cuenta “Don Patricio o el premio gordo en Melilla”. El protagonista es un antiguo coime del casino de La Habana que ha seguido amasando fortuna en España como arrendador de fieltos. En 1893 sus convecinos le piden que se sume a la entrega de fondos para las tropas, a lo que se niega pero propone un expediente más ingenioso: que en la próxima Lotería de Navidad todos los premiados renuncien a la mitad de sus deven-gos por tan buena causa. Así se hace en todo el país, pero cuando le dicen a Patricio Caracoles que le ha correspondido el Gordo, resulta que no ha comprado el billete que prometió adquirir. Hay también humor pero mucho más doloroso sarcasmo en el cuento “El sustituto”, la perla de los tres. Eleuterio Miranda es un poeta bélico... que no ha hecho el servicio militar. En su lugar fue Ramón Pendones, el hijo mayor de una rentera de su familia, viuda y arruinada, a la que, por ese motivo, los padres del vate condonaron las deudas. Pendones, hombre enfermizo, muere en Melilla, por causa de las fiebres, y Eleuterio, avergonzado, acude a ser su sustituto, a morir en un acto de heroísmo y a ganar para el difunto una cruz pensionada. Y es que, como concluye el mordaz Clarín, “poetas hay pocos, y la mayor parte de los señoritos son prosistas” (Alas: 2011, 346-356).

En 1902, un nuevo sultán de Marruecos, Ad-el-Hazid, se enfrentó con la sublevación de su pariente Bu Hamara, el Roghi, en una guerra civil que duró varios años y llamó la atención de la prensa española. Pío Baro-

ja —que acababa de publicar su primera gran novela, *Camino de perfección* (*Pasión mística*)— llegó a Tánger como corresponsal el 31 de diciembre de 1902 y permaneció hasta el 23 de enero de 1903, sin moverse de la ciudad pese a lo cual no dudó en manifestarse muy expeditivamente por cuenta del conflicto:

¿Es posible que pueda continuar a las puertas de Europa un pueblo de salvajes? ¿Cómo no se le ha destruido hace dos o tres siglos? [...] Se ha promovido en el imperio del Moghreb una guerra civil; no debe importar a Europa de qué lado cae la razón. Ninguno de los dos bandos la tiene ante nosotros. Los dos han de ser sometidos y deshechos. La culpa está en su miseria y su barbarie. Es preciso que la fuerza haga camino al progreso (Baroja: 2001, 1040).

Reconoció, no obstante, que “para un artista, claro que este país es admirable; los espectáculos pintorescos se presentan a cada paso” y que “la costumbre de pintarse los ojos con *khol* debe recomendarse a las europeas”, porque “es admirable el efecto de lánguidos que prestan a un rostro estas intensas pinceladas negras en los párpados inferiores”. En todo caso, habremos de esperar a la publicación de la novela dramatizada *Paradox, rey* (1906) para disponer de una versión más matizada, bienhumorada y crítica de la percepción del colonialismo por parte de un escritor de ideas avanzadas. En tal sentido, formuló propuestas más concretas y atendibles un periodista republicano, Luis Morote, que ya había escrito el libro más agudo de cuantos inspiró el quebranto de 1898, *La moral de la derrota* (1899). *La conquista del Mogreb* (1908) se basa en un concienzudo viaje por todo el viejo reino marroquí, salpicado de numerosas entrevistas con las autoridades locales y los intereses extranjeros, realizadas cuando todavía estaban en el aire los verdaderos propósitos de Francia y planeaba la sombra del káiser: “quizá el mayor problema”, viene a concluir Luis Morote, es “la posibilidad de un choque terrible, de una conflagración que afligiría a la humanidad y a los supremos intereses de la civilización, entre la Galia y la Germania” (Morote, 1908, 237). Sin despejar esa incógnita, las halagüeñas posibilidades para España que ha abierto la conferencia de Algeciras pueden quedarse en papel mojado.

Con alguna distancia irónica, José Ortega y Gasset terció también en el tema del “buen colonialismo” en tres interesantes artículos que, bajo el título común de “Libros de andar y ver” publicó en *El Imparcial* entre el 31 de mayo y el 14 de junio de 1911, dos años después de una nueva y más peligrosa guerra en Melilla y usando como vademécum las noticias del explorador austriaco Otto C. Artbauer, que siguió la guerra de 1909 desde el lado rifeño. Ortega advierte que España, que tantas inútiles guerras de domi-

nación ha hecho en su historia, “deja, en cambio, incumplidas, con tenacidad incomprensible, las misiones más claras y elementales que la historia le propone: así, la europeización de África desde Túnez a las Canarias y el Sáhara. Esta es la explicación de ese hecho tan sencillo, tan grave, tan absurdo de que el Rif sea hoy más ignorado que el Tíbet”, por lo que “será penetrado a destiempo y malamente y aprisa, a la carga de la bayoneta, cuando ya es un pueblo petrificado, difícil de organizar e injertar con elementos europeos”. El modelo a imitar ha de ser, sin duda, Francia. Y una forma de lograrlo es hacer algún caso a los arabistas españoles (cita entre ellos a Ambrosio Huici y Julián Ribera), desdeñados por los embajadores y los militares, cuando “el ideal fuera que se hablara de Marruecos en todos los Ministerios menos en los de Guerra y Marina”, para poder hacer “política de pueblo a pueblo, y no de Gobierno a Gobierno” (Ortega, 1963, 170-184). Y los errores han sido demostrados por la impopularidad de la policía internacional, creada por el acta de Algeciras, con efectivos indígenas y oficialidad francesa y española.

La segunda guerra de Melilla, a la que he aludido, se produjo para defender las recientes concesiones mineras y el tendido de un ferrocarril a su servicio. Los episodios más sangrientos —la batalla del Gurugú y, sobre todo, el desastre del Barranco del Lobo— sucedieron a finales de julio y coincidieron en el tiempo con los motines de Barcelona (la llamada “Semana Trágica”) que se iniciaron contra la movilización de reservistas y concluyeron como unas violentas jornadas anticlericales. La asociación del antimilitarismo, de la denuncia de los grandes negocios de los políticos y de la aversión por el clero era ya cosa vieja, desde 1898 cuando menos. Y este clima de rebeldía, que costó la presidencia del Gobierno a Antonio Maura (y su retirada temporal de la política activa) fue recogido por la prensa radical del momento y por los dos testimonios literarios más vibrantes de los hechos, publicados ambos en 1912. Uno procedía de la pluma de Manuel Ciges Aparicio, a quien ya conocimos como soldado disconforme en los sucesos melillenses de 1893; en 1911 ya era un escritor conocido que databa y firmaba su libro en París, donde había buscado refugio de la persecución judicial por cuenta de sus artículos sobre la guerra. Y esas fueron las ácidas impresiones que, gobernando el liberal Canalejas, recogió el libro *Entre la paz y la guerra (Marruecos)*, dividido en tres partes: “En Marruecos”, “En España y “En la emigración”. A su vuelta de África, Ciges quiere hacer constar unos datos previos:

En diez años de lucha, entre conquista e insurrecciones que apaciguar.
En 2.500 millones de pesetas.

En 40.000 vidas inmoladas.

Y si al territorio conquistado hay que hacerlo productivo y tranquilo [...] añadid, como expertos ingenieros quieren, otros dos mil millones (Ciges Aparicio: 1912, 125).

Y siempre ve la misma incompetencia militar: artillería que bombardea las propias posiciones, oficiales ineptos que se suicidan, y poco más de “mil moros armados y cinco mil provistos de palos y piedras, [que] sembraron el clásico terror pánico en el Barranco del Lobo”. Y secundando su ineficacia, siempre la misma codicia civil: aquí las compañías mineras (en las que tiene su parte el conde de Romanones) pagan jornales miserables en un lugar donde

no rige la ley de accidentes de trabajo; las familias de los que han sucumbido no han cobrado ni un ochavo moruno; a los que han quedado inútiles se les ha enviado a paseo [...]. ¡Entonad patrióticos himnos, trabajadores, que ya veis como se os anuncia el porvenir en Marruecos! ¡A colonizar nuestro imperio colonial, proletarios! (Ciges Aparicio: 1912, 41).

Por su lado, el autor de *Lo que vi en la guerra (Diario de un soldado)*, Eugenio Noel, era un bohemio autodidacto, hijo de una lavandera, que acababa de empezar su carrera literaria (*Alma de Santa*, novelita publicada por *El Cuento Semanal*, nada menos...) y se había apuntado como voluntario, con una mezcla de inconsciencia y aventurerismo que recogía oportunamente un extenso diario que se publicó póstumamente. Las impresiones de Noel tienen, por tanto, la inmediatez de lo vivido, pero no mejoran mucho el acre panorama de su compañero Ciges.

Muy adrede, el escritor alterna las imágenes de paz —unos centenares de soldados desnudos disfrutando como niños de un baño de mar, en Punta Quiviana— y las escenas de violencia, como refleja su visita a lo que queda en el Barranco de Lobo: momias de soldados y el vuelo pausado de los buitres que las devoraron durante días. Otras veces, las escenas jocosas de la peculiar sociedad colonial —sorprendida en el comedor del lujoso Hotel Victoria— se barajan con la visión burlesca del heroísmo, como sucede en su recuerdo de la carga de caballería del coronel Cavalcanti, en Taxdir; por ella ganó la Laureada quien con el tiempo sería yerno de la escritora Emilia Pardo Bazán. Y a menudo, el detalle humano —los retratos de niños indígenas con los que jugaba— contrasta con el ridículo patriote-ro: así cuando encuentra, expuesta en un escaparate, la corona de oro que Valencia concedió a su poeta Teodoro Llorente y que este ha entregado a los defensores de la ciudad de Melilla.

Pero estos años fueron también los de la poética modernista en la que la sugestión del mundo oriental fue un motivo más de los que ofrecía aquel

congestionado bazar de referencias culturales de la escuela. Habitualmente, la localización geográfica de estas ensoñaciones arabizantes estaba en el pasado del propio solar español y raro fue el poeta andaluz que no dedicó alguna atención a cuanto persistía del pasado andalusí: jardines recoletos, la Alhambra, el Alcázar sevillano, la Mezquita cordobesa. En un verso que se hizo famoso, Manuel Machado proclamó que “tengo el alma de nardo del árabe español”, aunque en su caso esta confesión tenía más que ver con el incipiente gusto por el flamenquismo y la mala vida, que eran otra tendencia de la práctica “moderna” del arte. El orientalismo estricto fue mucho más patente en los versos de Salvador Rueda y Francisco Villaespesa y se convirtió en un tema principal en Antonio de Zayas y Beaumont, que era diplomático y vivió algún tiempo en Estambul: esa estancia le inspiró su libro de versos *Joyeles bizantinos* (1902), donde lo otomano —y lo musulmán en general— brilló en versos de un parnasianismo implacable, quizá los mejores de tema exótico escritos por un poeta español de su época. El único de estos escritores que tuvo contacto directo con Marruecos y seguramente habló y leyó árabe fue el granadino Isaac Muñoz, cuyo padre, militar de profesión, fue destinado a Ceuta cuando su hijo tenía veinticinco años. Ya había publicado para entonces obras en prosa de intenso erotismo (*Voluptuosidad*, 1906; *Morena y trágica*, 1908, de ambiente granadino), pero el encuentro con lo marroquí y su conocimiento de lo islámico y hebreo dio una tonalidad nueva a su escritura: así se advierte en las “novelas mogrebina” *La fiesta de la sangre* (1908) y *Esmeralda de Oriente* (1914), como en la “novela siria” *Ambigua y cruel* (1912) y la de ambientación egipcia, *La serpiente de Egipto*, publicada póstumamente en 2003. Paralelamente imprimió numerosos volúmenes que recogían sus artículos sobre temas coloniales que habían visto la luz en *Heraldo de Madrid*, del que fue corresponsal en el Protectorado: *La agonía del Mogreb* (1912), *Política colonialista* (1912), *En el país de los Cherifes* (1913) y *En tierras de Yebala* (1913).

La tentación esteticista y soñadora tuvo también otros cultivadores. El militar Vicente Valero de Bernabé sucumbió a ella en su libro *En la ciudad de las mezquitas (crónicas de una estancia en Tetuán)* (1915), que no fue el primero ni el mejor de una notable lista de ofrendas literarias a la bella capital del Protectorado. El luego popular *charlista* levantino Federico García Sanchiz compuso *Color. Sensaciones de Tánger y Tetuán* (1919) y el médico vallisoletano César Juarros, *La ciudad de los ojos bellos. Tetuán* (1922). En cambio, el escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, que vivió mucho tiempo en España, prefirió dedicar su encendida prosa a *Fez, la andaluz* (1926). El malogrado escritor granadino Rafael López Rienda fue vo-

luntario en Marruecos y luego ejerció allí el periodismo para la prensa local y para los madrileños *El Sol* y *Nuevo Mundo*, nunca complaciente con lo que veía. Fue el primer informante de un desvío de fondos que levantó ampollas, *El escándalo del millón de Larache* (1922), lo que lo obligó a dejar el ejército. Pero, a la vez, fue autor de novelas de aventuras, con fuerte y complaciente color local, como *Bajo el sol africano* (1925) y *Luna en el desierto* (1928), que se publicó póstumamente; también estuvo entre los primeros en interesarse por la vida de los legionarios: en 1925 colaboró con Benjamín Jarnés —a quien había conocido en Larache, donde este servía en oficinas militares— en un drama edificante, *El héroe de la Legión*, estrenado en Madrid; poco después publicó el relato *Juan León, legionario* que adaptó al cine como *Los héroes de la Legión* (1927), con bastante mayor éxito.

Desde 1912 la guerra de Marruecos fue una presencia permanente en la vida española. Mantuvo su impopularidad en los medios progresistas urbanos y de “obreros conscientes”, aunque también gozó de notable repercusión patriótica en los sectores más conservadores de las clases medias y en la burguesía y la aristocracia. No faltaron los cronistas favorables a la actuación del ejército y, a la vez, críticos con la tacañería del Gobierno: fue el caso de Víctor Ruiz Albéniz, que hizo famoso el seudónimo “El Tebib Arrumí” (en castellano, “médico cristiano”, pues aquella era su profesión). Presenció las campañas de 1909 y 1921 y, con el tiempo, llegó a estar adscrito al Cuartel General de Franco en su condición de cronista áulico de la guerra civil de 1936. Sus dos libros más significativos del periodo africano fueron *La campaña del Rif. La verdad de la guerra* (1909) y *España en el Rif. Estudios del indígena y del país. Nuestra actuación de doce años* (1921). El desastre de Annual (finales de julio de 1921), cuando tres mil rifeños obligaron a la evacuación del campamento por parte de trece mil soldados españoles y a una huida sin control hacia Melilla, supuso el momento crítico de aquella impopularidad. Pero, unos meses antes, la creación del llamado Tercio Extranjero, por Real Decreto de 28 de enero de 1920, y muy pronto sus primeras acciones de guerra, sus leyendas de acometividad y camaradería y sus vistosas liturgias, se convirtieron en el imán propicio de la exaltación de los partidarios de la guerra e hicieron familiares para muchos los nombres de los primeros jefes de la unidad: el teniente coronel Millán Astray, que fue su creador, y el comandante Francisco Franco, jefe de la Primera Bandera.

De 1923 y 1924 son dos importantes testimonios literarios de ambos motivos, la fiebre belicista y la actitud más crítica ante el conflicto. *Tras el águila del César. Elegía de Tercio* (1921-1922), del escritor cántabro Luys

G. Santa Marina, respira violencia y testosterona a partes iguales pero, a la vez, encierra una prosa agreste de indiscutible efecto estético. Curiosamente, el autor no había puesto el pie en Marruecos, aunque el libro hable de “recuerdos” con cierta vaguedad; lo eran, en todo caso, de las cosas que le hubiera contado su amigo, paisano y prologuista, el poeta José del Río Sainz, que fue corresponsal de guerra. *Notas marruecas de un soldado* (1923), de Ernesto Giménez Caballero, se inserta, sin embargo, en la ya conocida línea de los reportajes críticos de testigos presenciales (fue “soldado de cuota”, destinado allí) y carece de apelación alguna al heroísmo, aunque encierra una vivacidad descriptiva y una capacidad de ironía que no es fácil encontrar en obras de esa índole. Una y otra obra tuvieron graves problemas a su publicación y ambas fueron denunciadas: por su violencia, la primera; por sus sarcasmos y críticas, la segunda. Y lo más curioso es que las dos fueron un paso esencial en el camino de sus dos autores hacia el fascismo: Santa Marina desembocó en él por una mezcla de nacionalismo esteticista y oscuras pulsiones de su imaginación calenturienta; Giménez Caballero por la evolución de su nacionalismo originariamente liberal y por su admiración por el incipiente fascismo italiano.

Miscelánea de versos pedregosos y de eficaces y sintéticas escenas en prosa, *Tras el águila del César* es una obra importante, aunque ande salpicada de cabezas de “mojamés” cortadas por legionarios, de actos de heroísmo y de abyección, de destinos trágicos y fusilamientos de desertores. Un fragmento de la sección “El día de la ira” puede dar una idea de su tono que, alguna vez (y sabiendo que el autor jamás fue testigo de lo que narra), puede hacernos pensar en una suerte de enfermiza autoparodia:

Quedamos quince. Rematamos a machetazos a los heridos moros, y como se hacían los muertos, para evitar olvidos, acuchillamos a todos. Se terminó. Algunos les cortaban las cabezas. Otros limpiábamos la sangre de las bayonetas en las chilabas. Hacía mucho sol. Tenía sed (Santa Marina: 1939, 23).

Nada tiene que ver con esto la piedad de Giménez Caballero respecto a los “soldaditos”, los “paisa”, del reemplazo, que son sus principales objetivos. El Tercio solo aparece (“son los Estebanillo González de hoy”) en una escena de hospital, donde se produce una rápida visita de su jefe Millán Astray, narrada con unos tintes cómicos que jamás le perdonó quien sería su futuro superior jerárquico en la Salamanca de 1937. Giménez busca tiempo para ver y contar el país, siempre con gracejo y oportunidad, ya sea en el zoco de Tetuán, a la vista de una vieja ramera en sus calles recoletas o de unas mujeres que cantan todavía romances viejos. Aquello es pintoresco, “kodesko” dice (en adjetivo derivado de la marca fotográfica Kodak), pero

nada le hace olvidar la culpa del reciente desastre: su encendida queja está presente en la virulenta “Nota final en Madrid”, que cierra el libro y que trasluce los presagios de su futura deriva política, y también la visualizamos en el capítulo “Una oficina”, que describe una del Estado Mayor, responsable de “los hilos del tinglado nuestro en Marruecos” y en la que ha encontrado en un rincón un ejemplar polvoriento del famoso *Expediente Picasso*: “Calor, mal olor, estrechez. Frases envenenadas. Gritos, órdenes. Arbitrariedades. Y por dos ventanas, un trozo plácido y sereno de cielo, donde los ojos se posan buscando una liberación” (Giménez Caballero: 1923, 154).

Un año antes había aparecido un pequeño folleto de otro personaje llamado a larga e infausta notoriedad: el *Diario de una Bandera*, del comandante Francisco Franco, prologado por su jefe Millán Astray, a quien pronto sucedería al frente del Tercio (tras la muerte en acción de guerra del primer elegido, el teniente coronel Valenzuela). El texto dice transcribirse del diario de sus dos primeros años de servicio en el Tercio y resulta bastante impersonal, algo pretencioso de estilo y tan convencional en su patriotismo como en sus ideas sobre la cuestión colonial. Una segunda edición, realizada en 1939 para la colección popular *La Novela del Sábado*, tuvo mucha mayor circulación y fue debidamente maquillada en algunos aspectos que podían herir a los aliados marroquíes de la reciente victoria: entre otras cosas, se suprimió la elogiosa referencia al soldadito apodado Charlot que mató a un moro al que había hecho prisionero y le cortó la oreja como trofeo, en la mejor línea del atrabiliario Santa Marina.

Se dijo insistentemente que el presunto “negro” que había escrito aquellas páginas fue el periodista y narrador catalán Julián Fernández Piñero, que firmaba como Juan Ferragut, pero no parece muy verosímil. Franco era hombre de muy escasas lecturas y oratoria desdichada, pero le gustaba escribir y creía hacerlo bien. Ferragut, por su parte, escribía de todo lo que apasionaba al público popular del momento: en 1922, en colaboración con su colega José María Carretero Novillo, “El Caballero Audaz”, dio a las prensas una biografía de *Granero, el ídolo. Vida, amores y muerte del gladiador*, sobre el torero cuya cogida conmovió a media España, y en 1947 volvería sobre el tema con una oportunísima *Vida, triunfo y muerte de Manolete*. Las biografías tenebrosas que acogía el Tercio, la acometividad de sus hombres y sus hieráticas actitudes halagaban los mismos gustos y lo cierto es que Ferragut contribuyó mucho a la leyenda legionaria con sus crónicas publicadas en el semanario *Nuevo Mundo*. Estas le sirvieron para componer el relato breve *La misma sangre. Novela de la guerra* (*La Novela Semanal*, diciembre de 1921), en el que narró la azarosa vida de Ricardo Santisteban

que busca refugio en la Legión y halla la muerte al lado del hijo natural que un día no quiso reconocer. Con esa y otras fábulas de los “novios de la muerte”, contadas en forma del diario, formó el libro *Memorias del legionario Juan Ferragut* (1925), que tuvo mucho éxito y fue reimpresso en 1931; estaba dedicado a “El Caballero Audaz”, llevaba expresivo prólogo de José Francés, y tenía un propósito que deja claro desde el comienzo:

No sé si esto es una novela [...]. Yo sólo se contar lo que oí, o volver a relatar lo que me contaron, sencillamente, como si se lo dijera a un amigo en la tertulia del club o se lo confidenciara a una mujer en esas horas de tregua del amor (Ferragut: 1925, 13).

El prólogo de Francés es algo más alarmante al vincular el volumen de su amigo a la denuncia de una parte de la juventud formada por “el onanista intelectual” y los “seminaristas de las falsas izquierdas ideológicas”, a los que confronta “una casta de jóvenes formados en contacto por la vida que no por amor a los libros evitan a la mujer [...]. Jóvenes, aún más iconoclastas que los otros, más violentos, más contagiados de odio sano que hace fuertes y nobles a los hombres”. En cualquier caso, la mitificación de la Legión anduvo, pues, por los andurriales que conducían en derechura a la mentalidad fascista, activa o pasiva. Fue un fenómeno europeo que se plasmó muy pronto en las difundidas novelas del militar británico de la reserva, Percival C. Wren, que había servido en la India y que, de viaje por Marruecos y Argelia, conoció la Legión Extranjera francesa. A ella dedicó una famosa trilogía de relatos, *Beau Geste* (1924), *Beau Sabreur* (1926) y *Beau Ideal* (1928), pronto traducidas en España, de las que la primera fue llevada al cine dos veces (en 1926, protagonizada por Ronald Colman; y, en 1939, por Gary Cooper). En 1931, el escritor francés Pierre Mac Orlan publicó, a su vez, *La bandera*, una popularísima novela sobre el Tercio que inicia sus pasos en el Barrio Chino de Barcelona, donde conocemos a Pierre Gillieth, su protagonista, y acaba en el campamento legionario de Dar Riffien. En 1935 Julien Duvivier realizó un filme del mismo título en el que Jean Gabin interpretó a Gillieth; Annabella, a la prostituta Aischa-la-Sloui; y Robert Le Vigan, a Fernando Lucas, legionario español.

Aquellas imágenes encendieron la fantasía de muchos jóvenes escritores. El veinteañero Ramón J. Sender obtuvo su primer triunfo cuando la revista barcelonesa *Lecturas* le premió su relato *Una hoguera en la noche* (1923), una historia de amor, traición y muerte, ambientada en la guerra de Marruecos y contada por su protagonista, un teniente que es esclavo de “su hiperestesia” y que busca “la emoción auténtica”. Y en 1925 todavía sacó otro relato en la misma revista, titulado *Ben Yeb, el cobarde*. Cuando los es-

cribió no había estado todavía en África, donde prestó servicios como oficial de complemento a lo largo de 1923 y se licenció en 1924. No estuvo por lo tanto en el tiempo del desastre de Annual, aunque indagó sus consecuencias y las llevó a la primera novela anticolonialista española y, sin duda, a la mejor de todas cuantas se han escrito en esa línea. Su título, *Imán* (1930), responde al sobrenombre que sus compañeros dan a un soldado, apellidado Viance, que parece atraer todas las desdichas y cuyo paso por África nos narra un oficial que lo trató y sintió curiosidad y compasión por el desdichado. La descripción de la huida y persecución de las tropas, con su cortejo de dolores, privaciones y miserias humanas, es absolutamente sobrecolector, igual que el radicalismo de su posición ante el hecho colonial (“Han salvado el alma”, comenta un cura castrense tras dar la extremaunción a unos moribundos. “—Pues algún moro habrán matao, digo yo. —No importa. Ha sido en defensa de la Patria. —Esta tierra, ¿es la Patria nuestra o la de ellos?”).

El final de la novela, cuando Viance es reembarcado con una modesta condecoración y vuelve a su pueblo aragonés (que ha sido inundado por la construcción de un embalse), resulta inolvidable. Viance se queja pocas veces, pero vale la pena recordar una de ellas, que no deja de ser una adecuada respuesta a lo que planteaba al sacerdote:

— ¡Dios, Dios! ¿Qué habremos hecho pa que nos metan en este tiberio? En España nadie sabe lo que aquí pasa. De vez en cuando dicen los periódicos: “Nuestros soldados mueren en África”, pa molestar al gobierno, pero el pueblo y los ministros ya se han acostumbrao. ¿Bueno, y qué? Aquello está lejos y en todo caso es la defensa de la Patria... Oye, tú, muchacho: ¿sabes qué es la Patria?

El del otro lado lo mira desde el hondo de las órbitas cárdenas y se encoge de hombros. Insiste Viance, obsesionado. El otro habla, por fin:

— El sargento nos lo dijo de quintos, pero ya no me acuerdo (Sender: 2006, 181).

El escritor asturiano José Díaz Fernández se adelantó a Sender en dar una visión moderna y, a la par, muy crítica de la guerra. También había sido soldado en Marruecos en los primeros meses de 1922, desde donde envió sus crónicas al periódico *El Noroeste*, de Gijón, que tuvieron repercusión nacional. Desde un comienzo, decidió que la literatura de la guerra debería ser bastante diferente de lo que pretendían los “escritores madrileños” que han encontrado “un tema mitad folletinesco y mitad teatral para urdir fantasías deplorables y acariciar las imaginaciones un poco ingenuas de esos lectores de novelas baratas”. Con esta mentalidad,

es muy fácil ver la guerra y glosar la campaña en el confortable despacho donde la fantasía vuela para dar afanes a la pluma. La guerra imaginada es una bella sucesión de episodios heroicos que han de calofriar más tarde las vértebras sensibles de

los lectores ingenuos. Pero la verdadera literatura de la guerra está por escribir. Y no son precisamente los ficticios combates bajo el sol ardiente, ni las escenas de hospitales entre señoritas de la Cruz Roja. Y gallardos legionarios heridos. Es una literatura que puede surgir de esas cartas sinceras, hondas, conmovedoras de los soldados que caen sin saber cómo en lo alto de una loma o en el fondo de un barranco. Literatura que pudiera llevar sobre sí, como sobre los lomos de Pegaso, el odio a la guerra y el retorno al bienestar común [...], que sea el reflejo de tantas almas amargas y tantas vidas vulgares que quedan por aquí rotas. Eso que pudiera llamarse la moral de la tragedia (Díaz Fernández: 2006, 440-441).

Con aquel material escribió los siete relatos independientes, pero estrechamente enlazados a la vez, que componen *El blocao* (1928), un libro que obtuvo halagüeño éxito y conoció una segunda edición en el mismo año. En el interesante prefacio a esta proclama que “hay una fórmula eterna del arte: la emoción. Y otra fórmula actual: la síntesis” (Díaz Fernández: 2006, 6). Y bastante de eso, como sucedía en el caso de la narrativa de Sender, hay en estas magnéticas escenas de guerra: allí conocemos a un soldado que llora por haber perdido su reloj, aunque haya salvado la vida; a un oficial que pone en libertad a la morita de quince años que guió a los atacantes moros hasta las trincheras, con el pretexto de vender higos a los españoles; la historia de una revolucionaria y provocativa mujer, “Magdalena roja”, que vende armas a los enemigos, contada por “el Gafitas”, un soldado enamorado a distancia de ella; el relato del desastroso “Convoy de amor” en el que la mujer escoltada por la tropa —amante de un sargento— acaba siendo objeto de una violación colectiva y los responsables y la víctima son muertos por el narrador de la historia.

Díaz Fernández inició con este libro una brillante carrera como escritor *comprometido*, actitud que en la que ejercería una destacada influencia en la España de los primeros años treinta. En ellos también dio sus primeros pasos como periodista y autor otro notable testigo de la guerra rifeña, el extremeño Arturo Barea. Tras la guerra civil, se exilió en el Reino Unido donde escribió entre 1941 y 1944 su obra maestra, la trilogía *The Forging of a Rebel*, que le tradujo al inglés su segunda esposa, la periodista austriaca Ilse Kulcsar, con la que se había casado en Madrid, en 1937. El mismo año de 1951 apareció el original español en Buenos Aires. De las tres novelas que componen la trilogía, la segunda —*La ruta*— cuenta sus experiencias en la guerra de Marruecos; la primera —*La forja*— narra su infancia de niño pobre en Madrid y la tercera —*La llama*— está dedicada a la guerra civil. La lista de testimonios negativos fue muy amplia: el periodista gallego Xosé Ramón Fernández-Oxea (Ben-Cho-Sey) adoptó este seudónimo para firmar sus reportajes bélicos escritos para *La Zarpa*, de Orense, que luego

se han recogido en el libro *Crónicas de Marruecos: tras la rota de Annual*; el soldado catalán Josep Maria Prou i Vilas, que con el tiempo haría una incipiente carrera literaria y política, escribió —casi tres lustros después de los hechos— un impresionante testimonio, *Quatre gotes de sang (Dietari d'un català al Marroc)* (1935), recientemente traducido al castellano (2010).

Después del desembarco hispanofrancés de Alhucemas la pacificación de las cabilas empezó y con ella una visión de las cosas algo distinta por parte de los ocupantes: un orientalismo más turístico y complaciente y también una curiosidad científica más activa y fecunda, como algunas veces habían pedido desde principios de siglo. En 1922, Américo Castro, del Centro de Estudios Históricos, recorrió las juderías del norte de Marruecos recogiendo las formas del peculiar castellano de las colonias sefardíes y los testimonios de la perduración del romancero viejo entre las tradiciones familiares. A comienzos de los años veinte fue destinado al Protectorado el joven militar jerezano Tomás García Figueras que, como interventor, hizo carrera en la administración colonial y llegó a ser jefe de la Oficina Internacional en 1929, cuando ya era autor de dos libros importantes, *Temas del Protectorado* (1926) y *La acción de España en Marruecos* (1928), además de unos *Cuentos de la Yehá* (1934), de tono folclórico. Pero su labor principal fue reunir la más importante colección bibliográfica sobre el país, hoy legada a la Biblioteca Nacional de Madrid, y preparar un libro —*Marruecos* (1940)— que tuvo bastante difusión en sus varias ediciones y que fue por muchos años la mejor síntesis sobre la geografía e historia del territorio.

También conoció bien el país un escritor madrileño, Tomás Borrás, cuya carrera literaria anda hoy demasiado olvidada, quizá por su errática trayectoria política como unos de los fundadores de las JONS y como el futuro e imaginativo autor de *Checas de Madrid*, el libro más difundido sobre la violencia republicana en el Madrid sitiado. Pero Borrás hizo también un teatro vanguardista de bastante mérito y entre sus novelas destaca una de tema marroquí, estropeada por la prosa pretenciosa y campanuda. *La pared de tela de araña* (1924) está dedicada al pintor Julio Romero de Torres, en un ademán explícito de afirmación racial, y tiene tres partes: la primera —“Tetuán”— sienta las bases de una historia de erotismo y picaresca que trenzan una morita joven, Axuxa; el vetusto e impotente marido al que la entregan, Abdala; y un astuto comerciante vecino, Shalum, que busca engañarle y cobrar la ansiada pieza. La segunda parte —“Xauen”—, narrada por un oficial del ejército español, describe la ciudad santa del centro de Marruecos en los días de la pacificación después de Annual (e incluye una versión sefardí del romance de “Delgadina”), y la tercera —“Yebala”—

unifica la trama de las dos precedentes: la adúltera Axuxa ha sido raptada y vejada por una tribu montañesa para convertirla en prostituta y venderla en Tetuán, pero una patrulla española, avisada por el marido y la familia, logra detener a los raptos y entregarlos a la justicia local; Axuxa regresa a su hogar y a los brazos de su atribulado esposo, aunque el narrador español conjetura que acabará sus días en un prostíbulo de Tánger. La imagen de la rescatada puede ser el mejor ejemplo de las virtudes de observación localista del escritor Borrás y su peligrosa cercanía a la pornografía cuartelera:

Sobre su hermosura puso sus subrayados el arte: el alcojol en los párpados, que suavizaba amoroso el mirar; las manos y los pies, rojos de la alheña, que excita el frenesí y el fetichismo; las manos pulidas con uñas rosadas; el suac blanqueando hasta la porcelana de los dientes, separados unos de otros, y con el perfume salía de su boca el alma en flor [...]. Más que las cadenillas argentinas, las telas centelleantes, más que las pulseras de plata oscura, con piedras verdosas y azules, y que las sortijas que agarrotaban sus dedos; más que los jalalés de los tobillos, que sonaban con dulce tintín al andar la niña, lo que hacía estremecer de ardor a los moros alumbrando en sus rostros fuegos de ímpetus y les incitaba a clamar golpeándose el pecho, era el insinuante, el lascivo tatuaje azul, las dos crucecitas de los pómulos, el recorte del labio inferior, allí donde parece que hay un molde para una bocas, las rayas que descendían hasta lo profundo bajando por el seno, que daban a adivinar que “allí”, para la suave caricia y el jadeo del amante, había un nombre rematado en un arabesco (Borrás: 1924, 289-290).

La novela se complace siempre en la crudeza de las escenas, presenta con vivacidad (aunque con transcripciones españolas discutibles) un dilatado vocabulario de la lengua bereber y refleja, a medias entre el folclorismo complaciente y la truculencia, las costumbres conyugales y familiares marroquíes.

Mucho más convencional fue la dedicación a los temas de Marruecos por parte del escritor bilbaíno Luis Antonio de Vega, que había sido uno de los contertulios más jóvenes del café *Lyon d'Or*, en los años dorados de la *belle époque* de su ciudad, y que marchó a Larache en 1926, donde obtuvo el nombramiento de director de las Escuelas Árabes. Aprendió en la Academia Jalifiana el bereber y el árabe y en 1934 obtuvo el traslado a Tetuán, con el mismo rango administrativo. Colaboró en *Informaciones*, el periódico madrileño de ultraderecha financiado por Juan March y dirigido por Juan Pujol, antes de la guerra, y en 1936, a título de falangista, hizo carrera en la prensa de los sublevados, aunque sin especial entusiasmo político por su causa. Era un *bon vivant* que, con el tiempo, fue reputado escritor gastronómico y ocupó un lugar significativo en la no muy abundante nómina de narradores orientalistas que venimos censando: antes de 1936, había publicado una novela corta, *L'Busbir (El pozo de los besos)* (1931), de ambiente tetuaní, y un *Romancero colonial* (1934), que alternaba poemas descrip-

tivos y alguna pieza de exaltación bélica. Sus novelas más importantes de tema marroquí fueron algo posteriores a 1936. *Sirena de pólvora* (1941) tiene como tema a los combatientes moros que lucharon en el ejército franquista y *Amor entró en la judería* (1944) es una evocación rosácea de la guerra de 1859, en torno a una doncella judía enamorada del general Prim.

En la redacción de *Informaciones*, Luis Antonio de Vega trató mucho a César González Ruano, un francotirador literario y político que dilapidó su talento literario en un montón de empeños, alguno de los cuales dieron esporádicamente obras de valía: aparte de su obra de articulista, hoy la más valorada, fue poeta ultraísta, autor de novelas semiautobiográficas de corte barojiano, ensayista y reportero a sueldo de quien mejor pagaba (lo mismo escribió una biografía de Miguel Primo de Rivera sufragada por la Dictadura que un libro, *Seis meses con los nazis*, pagado en 1934 por la Embajada del Tercer Reich). Entre esas obras de oportunidad, no pudo faltar una incursión orientalista, *Circe (Novela de los oasis saharinos)* (1935), a la que el editor Bergua puso una llamativa cubierta fotográfica donde una adolescente beduina enseña el torso desnudo. González Ruano finge que el narrador es su *alter ego*, César de Alda, que un día le entregó en un bar de la zona francesa de Tánger el manuscrito de esta novela “abrasado por Eros y por los monstruos del Tedio”. Pero su protagonista es Mario, un aventurero inquieto, y su ámbito geográfico la zona desértica del país al sur de Marrakech; la trama argumental trenza una historia de celos y pasión tórrida por una enigmática nativa, Ifrikiya (nombre significativo donde los haya), con quien —tras una huida a Europa— el personaje decide reemprender su vida en la conclusión de la novela. El relato está bien contado y no faltan, por supuesto, las dosis de tensión y *spleen* habituales en los relatos de un Somerset Maugham, por ejemplo. Y, claro está, tampoco están ausentes las no menos convencionales reflexiones sobre el misterioso atractivo del continente africano:

África es África misma: cruel y llena de ternura, infantil y complicada, ingenua y perversa, con su razón sin razones que las razones sin razón de Europa no pueden entender. Mario pensaba que allí estaba el nervio del fracaso colonial; en que no trata de aplicar la reforma racional y emotiva de los valores y vicios indígenas, en que es estúpido pretender europeizar África, y no lo sería tanto colocar junto a una cultura otra cultura que, sin acción directa, llegara a influir de una manera lenta, pero segura, como han influido el gramófono y el deporte, como han influido los perfumes de alcohol sobre los perfumes de aceite, como ha influido nuestra inmoralidad sin programa y no nuestra moral programática, didáctica y bastante teórica. ¡Qué enorme fuerza canalizable había en aquella fe bárbara de los aissauas que no sólo desprecian el dolor y la muerte, sino que los buscan con peor estilo, pero con el mismo ardor heroico que los antiguos mártires cristianos! (González Ruano: 1935, 44-45).

Bibliografía

- ALARCÓN, P. A. de: *Diario de un testigo de la guerra de África*, en *Obras completas*, Madrid: Fax, 1943.
- ALAS, L. *CLARÍN: Cuentos morales*, Madrid: Cátedra, 2011, ed. Jean François Botrel.
- BACHOUD, A.: *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Madrid: Espasa-Calpe, 1986.
- BAROJA, P.: *Obras completas, XVI. Obra dispersa y epistolario*, Barcelona: Círculo de Lectores, 2000.
- BENNANI, A.: *Tetuán, ciudad de todos los misterios (Antología)*, Granada: Universidad de Granada, 1992.
- BORRÁS, T.: *La pared de tela de araña*, Madrid: Marineda, 1924.
- CARRASCO URGOITI, M. S.: *El moro de Granada en la literatura (1955)*, Granada: Universidad de Granada, 1989.
- CIGES APARICIO, M.: *Del cuartel y de la guerra (1906)*, Alicante: Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1986, ed. Cecilio Alonso.
- Entre la paz y la guerra (Marruecos)*, Madrid: Imprenta de Juan Pueyo, 1912.
- CORREA RAMÓN, A.: *Isaac Muñoz (1881-1925). Recuperación de un escritor finisecular*, Granada: Universidad de Granada, 1996.
- “Entre oasis y desierto: realidad y recreación de Marruecos en la literatura española finisecular”, en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 37, 1 (2007), pp. 39-56.
- DÍAZ FERNÁNDEZ, J.: *Obras*, Madrid: Fundación Santander, 2006, ed. N. Dennis.
- DJIBILOU, A.: *Diwan modernista. Una visión de Oriente*, Madrid: Taurus, 1986.
- FERRAGUT, J.: *Memorias del legionario Juan Ferragut*, Madrid: Mundo Latino, 1925.
- GIMÉNEZ CABALLERO, E.: *Notas marruecas de un soldado*, Madrid: Imprenta de E. Giménez, 1923.
- GONZÁLEZ RUANO, C.: *Circe (Novela de los oasis saharinos)*, Madrid: Bergua, 1935.
- LITVAK, L.: *El jardín de Alah. Temas del exotismo musulmán en España*, Granada: Don Quijote, 1985.
- LÓPEZ GARCÍA, D.: *El bloqueo y el Oriente. Una introducción al estudio de la narrativa del siglo XX de tema marroquí*, Murcia: Universidad de Murcia, 1998.
- MOGA ROMERO, V.: *El soldado occidental. Ramón J. Sender en África (1923-1924)*, Melilla: UNED, 2004.
- MOROTE, L.: *La conquista del Mogreb*, Valencia: F. Sempere, 1908.
- NOEL, E.: *Lo que vi en la guerra (Diario de un soldado)*, Barcelona: La Neotipia, 1912.
- ORTEGA Y GASSET, J.: “Libros de andar y ver”, en *Obras completas, I (1902-1913)*, Madrid: Revista de Occidente, 1963.
- PÉREZ GALDÓS, B.: *Aita Tettauén*, en *Obras completas, III. Episodios Nacionales*, Madrid: Aguilar, 1945.
- SAID, E. L.: *Orientalismo* (prólogo de Juan Goytisolo), Madrid: Libertarias-Prodhufl, 1990.
- SANTA MARINA, L. G.: *Tras el águila del César. Elegía de Tercio (1921-1922) (1923)*, Barcelona: Yunque, 1939.
- SENDER, R. J.: *Imán (1930)*, Barcelona: Crítica, 2006, ed. Nil Santiáñez.
- SORIANO, R.: *Moros y cristianos. Notas de viaje (1893-1894)*, Madrid: Ricardo Fe, 1894.
- ¡Guerra, guerra al infiel marroquí!, Madrid: Talleres Tipográficos de “El Día de Cuenca”, 1922.